

El Diálogo Social por Fernando González Urbaneja

Publicado en ABC Nuevo Trabajo el 6 de febrero de 2005.

El miércoles el presidente Zapatero citó en La Moncloa a los protagonistas del diálogo social, a las llamadas fuerzas sociales, patronal y sindicatos. Les recibió flanqueado por sus ministros concernidos, el vicepresidente Solbes y el ministro Caldera, con foto a siete, tres por el gobierno, dos por los sindicatos y dos por la patronal (CEOE y Cepyme) que daba fe de que estuvieron juntos. En medio, Cuevas que era el decano y en los extremos Fidalgo y Caldera que son buenos mozos, ambos del viejo reino de León.

La reunión duró casi tres horas y al final no abundaron las explicaciones. De «fructífera» la calificaron los protagonistas, que es como decir que hay acuerdos relevantes no desvelados o que las discrepancias son tan monumentales que más vale no decir ni pío. Alguno de los periódicos económicos no dedicó al hecho más allá de una foto interior y los demás despacharon con folio y medio de carril.

Los periodistas titularon unánimemente “el Gobierno se compromete a hablar con una sola voz”, que es una obviedad; la noticia sería que hable con varias voces. Sospechosa resulta esa uniformidad en las informaciones sobre un acontecimiento con tantos matices y enfoques como esta reunión en la cumbre. Acuerdo que huele a colusión para no competir, para no excitar a los redactores jefes y para dejar a los lectores in albis. ¿Tres horas para decir que Solbes y Caldera van a ir acompasados?

A todos los gobiernos les conviene la paz social. La agitación laboral, sindical o patronal, siempre es presagio de tormentas. No hay gobierno que salga indemne de una huelga general o de una rociada de críticas empresariales. De manera que los avisados re-huyen esos riesgos de los que se sabe cómo se entra pero no cómo se sale.

Pero además de la paz social hay que pasar a la acción; hay problemas que resolver en los ámbitos laborales que tienen que ver con el empleo y con el Estado del Bienestar. La letra menuda revela que en Moncloa, como días antes en otras reuniones más in-formales y sustanciosas, hablaron del Acuerdo de Negociación Colectiva para este año, que puede ser más fértil de lo que se espera. También de la reforma laboral pendiente, la que arruinó la huelga general contra Aznar por otras razones, que sigue esperando oportunidad política y que debería dar respuesta a dos problemas que hoy pueden abordarse con razonables posibilidades de éxito: una tasa alta de paro, especialmente entre mujeres, y la elevada temporalidad en el empleo.

Y hablaron también de pensiones y la actualización del Pacto de Toledo, especialmente la ampliación del período de cómputo de las pensiones.

Los políticos tienen resistencia a tomar medidas cuando las cosas van bien, que es precisamente cuando son menos costosas; prefieren esperar a que llueva para retejar techos poco cuidados. Por eso hay que temer que en materia de pensiones se van a dejar ir antes de replantear el modelo, precisamente cuando el superávit permite ser ambicioso.

El diálogo social parece que goza de buena salud, ninguno de los protagonistas quiere estropearlo, no ven ventajas en ello. Y con los precedentes de la historia reciente más vale que ese diálogo funcione y que Cuevas, Fidalgo y Méndez sigan cenando entre vez y cuando con tanta discreción coma buenos modos; ganan todos. Al Gobierno toca respetar y alentar esos entendimientos tan discretos como efectivos.